

Jue
6
Feb
2020

Evangelio del día

Cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Pablo Miki y cc.mm (6 de Febrero)

“Los fue enviando de dos en dos”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Reyes 2, 1-4. 10-12

Se acercaban los días de la muerte de David y este aconsejó a su hijo Salomón:

«Yo emprendo el camino de todos. Ten valor y sé hombre. Guarda lo que el Señor tu Dios manda guardar siguiendo sus caminos, observando sus preceptos, órdenes, instrucciones y sentencias, como está escrito en la ley de Moisés, para que tengas éxito en todo lo que hagas y adondequiera que vayas. El Señor cumplirá así la promesa que hizo diciendo:

“Si tus hijos vigilan sus pasos, caminando fielmente ante mí, con todo su corazón y toda su alma, no te faltará uno de los tuyos sobre el trono de Israel”».

David se durmió con sus padres y lo sepultaron en la Ciudad de David.

Cuarenta años reinó David sobre Israel; siete en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén.

Salomón se sentó en el trono de David su padre y el reino quedó establecido sólidamente en su mano.

Salmo de hoy

1 Crón 29, 10-12 R/. Tú eres Señor del universo

Bendito eres, Señor,
Dios de nuestro padre Israel,
por los siglos de los siglos. R/.

Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder,
la gloria, el esplendor, la majestad,
porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra. R/.

Tú eres rey y soberano de todo.
De ti viene la riqueza y la gloria. R/.

Tú eres Señor del universo,
en tu mano está el poder y la fuerza,
tú engrandesces y confortas a todos.. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 6, 7-13

En aquel tiempo, Jesús llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevarsen sandalias, pero no una túnica de repuesto. y decía:

«Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, en testimonio contra ellos».

Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, unguían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Sé fiel al Señor tu Dios y camina por sus sendas”

La muerte forma parte natural de la vida aunque a veces nos cuesta abordarla y hablar de ella. Pensamos en la de las demás personas, ¿pero acaso meditamos en la nuestra? Hoy, en esta primera lectura del día, el Rey David se enfrenta a la suya, ya próxima. Dirigiéndose a su hijo, Salomón, se prepara para acogerla como “*el viaje que todos emprendemos.*” Bella metáfora, muy sugerente, que nos puede ayudar a tomar conciencia de esa realidad colectiva que a todos nos afecta, más pronto o más tarde, y que es necesario que esté integrada en el paisaje total que dibujamos de nuestra historia, aunque nos empeñemos en aparcarla o ignorarla.

Al mismo tiempo, David se despide entregando a su hijo el poso de sabiduría aprendida e interiorizada tras una larga vida de luces y sombras, de amor y de pecado; en ella ha experimentado con fuerza, al igual que Pablo de Tarso, que “sobreabunda la gracia allí donde abundó el pecado”. Por eso, lo que quiere dejar a Salomón, no son sus logros, ni conquistas sino el tesoro de la fe en la misericordia infinita de Dios. Le ofrece el horizonte

de una vida que Dios mismo hace fecunda si *es fiel al Señor y camina por sus sendas*.

Demos gracias a Dios por tantas personas que a lo largo del tiempo nos han transmitido, a través de su manera personal y concreta de encarnar los valores del Evangelio, un legado espiritual que ha sido y es alimento, aliento y orientación para nuestro camino.

“Los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos”

Nuestra vida creyente nace como respuesta a la llamada del Señor a seguirle. Al llamarnos, nos vincula a su misión, enviándonos a ella en su nombre. Es este aspecto, el que Evangelio de hoy desarrolla:

Jesús llama a “los doce”, aquellos a quienes Él mismo ha elegido, que han estado a su lado de forma más permanente y con quienes ha ido estrechando una relación de mayor intimidad.

Como grupo de *doce* constituyen también un signo profético del Reino y por tanto de la misión a la que Jesús va entregar su vida: si el mal en la historia de Israel ha conducido al pueblo a la destrucción y a la dispersión, la presencia misericordiosa de Dios, encarnada en Jesús de Nazareth, en sus palabras y gestos liberadores y sanadores, cambia el rumbo de esa historia y abre un futuro de comunión universal entre las personas. Y por eso el envío sólo puede ser de dos en dos, desde un estilo de vida en fraternidad que de alguna manera anticipa ese futuro.

El fin de la misión es la vida; por ello se trata de expulsar de ella aquello que la deshumaniza, y la desfigura; también de curar y de sanar lo que la amenaza, a veces de muerte. Y es para esta misión liberadora y sanadora, y sólo para ella, que Jesús da autoridad a sus discípulos.

Jesús asocia a esta misión un estilo de vida concreto:

Por un lado, las evocaciones del *camino el bastón y las sandalias* nos recuerdan la imagen del peregrino y con ella una serie de actitudes importantes: vivir ligeros de equipaje, ágiles y prontos para ponernos en marcha, disposición para cambiar de lugar (a veces no es tanto cambio físico como mental), capacidad de desinstalación etc. Por otro lado, pide a sus enviados no llevar *pan, alforja, ni dinero*; es decir, abandonar seguridades externas para fundamentar la vida y la misión no en las propias fuerzas y recursos, sino en la confianza en el Padre.

Tomemos conciencia en este día de que el Señor sigue llamándonos y enviándonos a colaborar con Él en el proyecto de Amor del Padre para la humanidad. En todas las etapas de nuestra vida y en todas las circunstancias el Señor nos guarda una misión, una tarea. ¿Cuál es hoy la nuestra? ¿Acogemos el envío que Dios nos hace a ella viviéndola como el pequeño trozo de tierra, que no nos pertenece, pero que se nos invita a regar, cuidar con cariño, alegría y responsabilidad?

Pidamos al Señor en este día que nos conceda crecer en confianza en el Padre; para que podamos experimentar la libertad interior que nos permite ponernos en camino hacia allí donde Él nos envía.



Hna. María Ferrández Palencia, OP
Congregación Romana de Santo Domingo

San Pablo Miki y cc.mm

San Pablo Miki: 1564 / 5-febrero-1597

Los 26 mártires: 14-septiembre-1627

A final del siglo XVI surgieron en Japón grandes turbulencias políticas. Hideyoshi, jefe supremo del Gobierno, logró consolidar un fuerte poder militar, derrotando a todos los señores feudales que mantenían dividido al país. En 1587 publicó el primer edicto de prohibición del cristianismo, por el que quedaban expulsados de Japón todos los misioneros extranjeros. Así pretendía alejar el peligro de una posible invasión de Japón por los gobiernos extranjeros. Aunque no hizo cumplir aquella orden de un modo muy estricto, la libertad religiosa se había acabado. Un signo dramático de la nueva era fue la crucifixión de 26 cristianos el 5 de febrero de 1597 en Nagasaki: este grupo incluía a extranjeros y japoneses, que eran franciscanos, jesuitas y laicos.

Crucifixión de franciscanos, jesuitas, laicos

Hideyoshi había firmado la sentencia en el castillo de Osaka. En Nagasaki se encargó de ejecutarla Terazawa Hazaburo, hermano del gobernador de Nagasaki. Los mártires habían caminado desde Kyoto a Nagasaki en medio de los rigores del invierno. A las 10 de la mañana del 5 de febrero estaban ya preparadas las cruces donde iban a ser ejecutados. Terazawa, encargado de llevar a cabo la orden de Hideyoshi, era amigo de Pablo Miki, un jesuita que se encontraba en el grupo de los mártires. Esto hizo que Terazawa permitiera a dos jesuitas, los padres Pasio y Rodríguez, atender a todos antes de la ejecución. Poco después comenzaron a llegar al lugar del martirio los soldados de la escolta y los mártires, divididos en tres grupos, cada uno encabezado por dos franciscanos. Todos rezaban el rosario. Tenían las manos atadas, y sus pies descalzos iban dejando manchas de sangre por el camino. El «vía crucis» había durado un mes. Llevaban cortada la oreja izquierda, señal de su condena a muerte.

Apenas llegaron todos, los soldados empezaron a fijar los cuerpos en los maderos con unas anillas de hierro en las manos, pies y cuello de las víctimas; una cuerda a la cintura bien atada los dejaba fijos a los maderos. Cuando estaban todos listos, los soldados levantaron las cruces y las dejaron caer en los hoyos que ya estaban preparados. La colina parecía sembrada de cruces.

Delante de todos los mártires aparecía la tabla en que estaba escrita la sentencia: «Por cuanto estos hombres vinieron de Filipinas con título de embajadores y se quedaron en Miyako (Kyoto) predicando la ley de los cristianos que yo prohibí rigurosamente los años pasados, mando que sean ajusticiados junto con los japoneses que se hicieron de su ley...» Los extranjeros que estaban entre los mártires habían llegado en el galeón San Felipe, que había encallado cerca de las costas japonesas, en su viaje de Filipinas a Nueva España. Estos religiosos españoles habían sido declarados enemigos de Japón, por considerar que querían conquistar aquellas islas para la Corona de España. Ésta fue la chispa que desató el fuego de una persecución que ya estaba en ebullición hacía tiempo.

Desde la cruz, alababan a Dios con alegría

Los mártires cantaban salmos, alababan a Dios con sus oraciones y amonestaban a la muchedumbre que se había ido reuniendo para que fuesen fieles a la fe por la que ellos morían. Entre ellos había tres niños que habían querido unirse al grupo de los mártires. Con una alegría contagiosa, cantaban los salmos que habían aprendido en la catequesis: «Alabad, niños, al Señor, alabad su santo nombre. Desde donde sale el sol hasta el ocaso, sea alabado el nombre del Señor. Los padres Pasio y Rodríguez iban de una cruz a otra para atender a los mártires y confortarlos con sus palabras. Juan de Gota, uno de los tres jesuitas que había en el grupo, había hecho los votos religiosos en la Compañía poco antes de salir para el martirio. Los otros dos eran Pablo Miki y Diego Kisai.

La cruz de fray Felipe de Jesús, franciscano mexicano, no quedaba ajustada a su cuerpo; el sedile quedaba muy bajo, y todo el cuerpo colgaba de la anilla del cuello; esto le hacía ahogarse por momentos. Lo vio Terazawa y mandó que los verdugos alancearan el cuerpo, con dos lanzas cruzadas a la manera japonesa. Éste fue el comienzo de las inmolaciones. Eran cuatro los verdugos que empezaron a clavar sus lanzas en el pecho de los 26 mártires, empezando por los dos extremos de la fila de las cruces. A medida que los verdugos avanzaban hacia el centro, disminuían las voces de los mártires y aumentaba el clamor de la muchedumbre. Monseñor Martínez, el primer obispo jesuita de Japón, escribía: «Oí un gran grito de la gente cuando los alancearon». El último en morir fue fray Pedro Bautista; al ver a los verdugos que están ya delante de su cruz para clavarle las lanzas, exclama: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu».

La Iglesia beatificó muy pronto a estos 26 mártires en 1627, sólo 30 años después del martirio. Más tarde, en 1862, fueron canonizados estos 26 testigos de la fe y el amor de Cristo por el beato Pio IX.

Fernando García Gutiérrez, S.J.